## XVI

### LA CÓLERA DE SINNAMARI

La cólera de Sinnamari era verdaderamente gigantesca. Aquel hombre de increíble audacia, de astucia inverosímil y de tan prodigiosa facultad de intriga que para tropezar con otra semejante hubiera sido preciso remontarse á los tiempos de las repúblicas italianas del siglo décimosexto; aquel hombre que podría haber escrito el *Tratado del príncipe* si Maquiavelo hubiese olvidado el hacerlo; aquel magistrado cuya formidable cara de bandido en ruptura de cadena, ó de muerto que ha conseguido deslizarse de nuevo entre los vivientes, tenía á veces expresión de astucia florentina; aquel criminal de genio que debía haber nacido entre Tolón, la ciudad de los presidios y Florencia, la ciudad de los Médicis; que se parecía á Vautrin y que obraba como Mazarino de quien heredara la avaricia; aquel hombre al que vergonzosos y necesarios servicios públicos prestados á muchos ministros, — que sabían dónde encontrarle en las horas



de crisis política, — y el crimen privado también condujeran hasta uno de los puestos más eminentes de la magistratura francesa, regresaba de aquella funesta velada en la casa de la plaza de la Roqueta menos furioso aún de haberse visto burlado, engañado y ridiculizado personalmente, que de haber podido convencerse de que frente al poder del Estado se levantaba una especie de héroe de novela, la existencia del cual hubiera disputado siempre como fantástica é imposible de todo punto en las modernas sociedades.

Y sin embargo, la duda no era permitida. Existía *realmente* un hombre que hubo de realizar en las tinieblas la obra de intriga y de fuerza que él, Sinnamari, había realizado en pleno día. Mientras que él, magistrado, laboraba en la obra de edificación de su fortuna en presencia de todos, alguien habíase atrevido á sentar la suya lejos del foro, en la sombra, en el inquietante secreto de las cavernas, en las catacumbas, de las cuales se proclamaba rey. ¡Y tal fortuna, tal poderío y tal realeza, no eran un cuento! Acababa de obtener, aquella misma noche, la prueba perentoria, aplastante, de que existían realmente.

Aquel hombre misterioso que disponía de un ejército numeroso aunque invisible, y de una administración ejemplar; aquel rey de folletón que acababa con ver en su presencia, osaba hombrearse con él, procurador imperial, robándole uno de sus condenados á muerte, ¡y qué condenado! precisamente Desjardies.

Pensando en esto, mientras rodaba el coche que le conducía al Palacio de Justicia, una sonrisa siniestra iluminaba de modo extraño el desencajado rostro de

Sinnamari. Dicha sonrisa era la de un hombre que jamás ha dudado de sí mismo, que se cree más fuerte que todos, los de abajo y los de arriba, príncipes de la tierra ó reyes de las tinieblas. Alegrábase de saber que el rey Misterio no era un mito, sino un ser de carne y hueso, y en su fuero interno proponíase reducirlo á la impotencia; más aún, á la nada.

— ¡Haberme tenido en su poder — murmuraba — y dejarme marchar tan tranquilo!... Ese hombre está loco. No sabe él la imprudencia que ha cometido. Yo se lo haré comprender antes de mucho.

Con efecto: tras largo paseo por corredores sumidos en las tinieblas, y acompañados por lacayos armados hasta los dientes, todos los convidados del rey Misterio habíanse hallado de pronto, y sin saber cómo, sobre el asfalto de Paris; en un patio de la calle Montgallet. Y ahora el procurador imperial, ocupando un coche de punto prestado por el rey de las Catacumbas, dirigíase al palacio de Justicia, en compañía de su amigo Regine. ¡Ah, sí! era preciso proceder, y sin pérdida de momento. La celeridad resultaba indispensable... á causa de la dichosa historia de Desjardies.

Sinnamari se volvió hacia su compañero, el pobre Regine, que postrado en el asiento parecía no haber recobrado aún la plena posesión de todas sus facultades.

— Di algo, Regine; — exclamó. — ¿En qué diablos piensas?

El interpelado se estremeció, contestando á la pregunta del procurador con un suspiro que indicaba bien la naturaleza de sus pensamientos, puesto que Sinnamari replicó á dicho suspiro como hubiera podido hacerlo á una frase netamente explicativa.



— ¡Estás loco! — dijo. — ¿Qué es lo que temes? Decididamente, tú te haces viejo, amigo mío. ¡Vaya una gallina mojada! Como si lo viera, si se te han acabado las agallas se lo debes á ese rey de opereta, al famoso R. C. Vamos, hombre, trata de reponerte un poco; estamos ya cerca del Palacio, y no es cosa de que te vean bajar conmigo de un coche con esa cara de entierro. ¿Qué apostamos á que estarías más alegre si regresaras del de Desjardies?

— Calla, por Dios, Sinnamari... Se te ocurren unas cosas...

— ¡Bah! Después de todo, que Desjardies viva ó no, es cosa que debe tenernos sin cuidado; lo esencial es que no resucite Lamblin.

— La verdad es que tienes unas ocurrencias que ya, ya... — repitió Regine estremeciéndose.

— ¿Te fijaste en la cara de Filiberto Watt mientras la hija de Desjardies nos colocaba su historia? Ahí tienes uno á quien será preciso que yo le diga una palabrita al oído cuanto antes. Sospecho que el hombre se imagina que ha sido la Providencia la que le ha desembarazado de un Didier... y de un Lamblin... Ya le sacaré yo de su error.

— Ten cuidado Sinnamari; pueden oirte...

— No le arriendo la ganancia al que me comprenda, Regine; — afirmó el procurador levantando el puño cerrado, como si fuera á pegar á alguien. Regine, anonadado, lo contemplaba en silencio, pareciéndole que aquel hombre tenía en tal momento la expresión fisonómica de un asesino heroico.

— Cálmate, Sinnamari, — dijo al fin; — tienes ahora la misma cara que el día en que...

— Que el día en que Desjardies asesinó á Lamblin; ¿no es eso lo que ibas á decir? — acabó el procurador. Y reparando en el postrado continente de su compañero siguió diciendo :

— ¿Pero es que vas á desmayarte? Está visto que contigo no se puede contar para nada. En lo sucesivo trabajaré tan sólo con Eustaquio Grimm. Ahí tienes uno inconmovible. ¡Qué apetito el suyo esta noche pasada! ¿Te fijaste? Como que no soltó el hueso de la última chuleta hasta que la Desjardies se puso á hablar de Didier...

— ¡Didier!... murmuró Regine.

— ¡Y se comprende, qué diablo! — siguió diciendo el procurador ; — él tiene sobre la conciencia *su* Didier, como nosotros tenemos *nuestro* Lamblin.

Regine se incorporó al oir esto, exclamando con voz ronca :

— ¿Por qué hablar de ese modo? Di, ¿por qué dices eso? Demasiado sabes que si sólo hubiera dependido de mí...

— Si sólo hubiera dependido de ti, á estas horas estaría el gobierno... sabe Dios dónde.

Acercándose más á su turbado compañero, continuó Sinnamari :

— Yo no comprendo cómo tú, un soldado, no se da cuenta de esas cosas. Hay ocasiones en las que hasta el general en jefe empuña un fusil para dispararlo como un simple soldado... Bonaparte en la acción del puente de Arcola, por ejemplo. Anda, levántate hombre, que ya hemos llegado.

El coche acababa de detenerse en efecto ante la verja del Palacio. Sinnamari se apeó con viveza, y



Regine haciendo un violento esfuerzo, siguió al procurador.

La vaga inquietud que á pesar de todo embargara á este último, producida por los acontecimientos de la noche, disipóse por completo en cuanto Sinnamari se encontró en sus dominios, en aquel palacio de Justicia en el cual era él el amo. Y la cólera que provocaba en él el recuerdo del rey Misterio, cólera terrible cuando hubo de arrojarse en el coche en la calle Montgallet, habíase convertido de pronto en una especie de santo resentimiento, de irritación soberana contra un miserable audaz que había osado interponerse entre él, procurador imperial, y la sociedad en cuyo nombre debía ejercer la vindicta pública.

Regine subía tras él penosamente. ¡Con qué gusto habría huído, á serle posible! ¡Cuánto no hubiera dado por evitarse la penosa necesidad de penetrar con Sinnamari en aquel despacho maldito! Sólo la idea de que iba á ver de nuevo la mesa á la que Lamblin se agarrara desesperadamente antes de caer; el suelo por el que rodó, exhalando su último suspiro y su maldición suprema, y aquella caja de hierro que guardó en su seno la causa ocasional del crimen, de aquel crimen perpetrado en presencia suya sin que le fuera dado hacer un solo movimiento para impedirlo, de aquel crimen del que fué cómplice inconsciente, del crimen que le salvaba, á él y á los demás... Tales ideas emocionábanle aún más profundamente en aquel momento; el sudor bañaba su frente, y el miedo parecía sujetarle por detrás, embarazando su marcha, ya vacilante.

La puerta que daba acceso á las oficinas del procu-

rador hallábase entreabierta. En el umbral de la misma un ujier saludó á los que llegaban.

Sinnamari tomó el brazo de Regine y ambos entraron juntos, como dos excelentes amigos.

— Aquí está la señora Demouzin, — dijo el ujier. — Preguntó por su excelencia, y la he hecho esperar en el despacho del señor secretario.

— ¡La Demouzin, y á estas horas! — murmuró entre dientes Sinnamari, haciendo pasar primero á Regine. — ¿Qué demonios va á decirnos aún esa bruja?

El procurador cerró la puerta que acababan de franquear, que era la del vestíbulo. La única persona que se encontraba allí á aquellas horas era un ujier que hacía la limpieza y escuchaba detrás de las puertas.

Con este último fin sin duda abrió la que acababa de cerrar Sinnamari, observando que el despacho del secretario se hallaba vacío, porque la señora Demouzin había seguido sin duda al procurador y á su amigo á la habitación contigua. El ujier atravesó la secretaría y fué á aplicar el oído contra la puerta del despacho del procurador. Pero se enderezó enseguida, y la abrió sin titubear. El despacho estaba vacío.

Lo mismo que atravesara la secretaría el ujier atravesó el despacho y pegó la oreja contra la puerta que daba acceso al despacho del substituto del procurador. Así permaneció algún tiempo; luego, incorporándose:

— ¡Oh, oh! — murmuró.

Sin duda le interesaba lo que oyera, porque andando de puntillas, deshizo el camino recorrido poco antes,



volvió al vestíbulo, cerró con llave la puerta del mismo que daba á la galería, y entrando en un corto corredor que se deslizaba entre la galería exterior y las habitaciones consagradas al servicio del procurador imperial, se detuvo ante el tabique que le separaba del despacho del substituto.

Una vez allí arrodillóse sobre una boca de calor, de la que una mitad correspondía al despacho de referencia y la otra al corredor, y no obstante la molestia que producíale el aire caliente, que amenazaba ahogarle, se mantuvo en tan poco cómoda postura durante más de un cuarto de hora.

Levantóse de pronto, congestionado el rostro, con mirada incierta como la de un loco, y echó á correr hacia el vestíbulo, llegando á él á tiempo para encontrarse en presencia de una cabeza que emergía del suelo. Y es que en el suelo del vestíbulo, en el que permanecían desde las once de la mañana los ujieres y ordenanzas, había un agujero, rodeado por una barandilla. Por tal estrecha abertura, sombría y siniestra como una mazmorra, se comunicaba, y se comunica aún hoy directamente con una escalera de caracol que conduce á « la ratonera », prisión de paso dònde se encierra á los presos que deben concurrir á las salas de justicia.

Dicha escalera podía servir, bien para que subiesen de la *ratonera* á las oficinas del procurador los presos á quienes debía someterse á interrogatorio especial, bien para que los empleados pudieran pasar de sus oficinas al patio de la Santa Capilla sin tener que seguir los corredores y escaleras públicas. La cabeza se elevaba poco á poco por encima de la barandilla.

— ¡Cómo! ¿Es el señor Dixmer? — preguntó el ujier.

Y cuando á la cabeza siguieron el busto y las piernas, y el cuerpo entero de Dixmer hubo salido de la mazmorra, dijo el polizonte:

— El mismo, señor Cipriano. Vamos á ver: ¿está en su despacho el señor procurador imperial?

— Sí, — contestó el ujier, — si que está. Pero es aún demasiado temprano, señor Dixmer, y cuando su excelencia viene á estas horas, no recibe á nadie. Es la consigna.

— ¿Está solo?

— No, señor; está con el señor Regine.

— Pues ya ve usted que sí recibe.

— Le diré á usted; el señor procurador no ha recibido al señor Regine.

— ¿Pues no están juntos?

— Porque han venido juntos.

— ¡Ah, ya! Y... ¿no hay nadie con ellos?

— Sí, señor: una dama.

— ¡Cómo! Una dama, y se obstina usted en decir que el procurador no recibe... Vaya, señor Cipriano, diga usted de una vez que es á mí á quien no se quiere recibir, y estará en lo cierto.

— No, señor; la consigna es general, con una sola excepción.

— ¿La señora que está ahí dentro?

— La misma.

— ¿Y se puede saber el nombre de esa dama á quien se recibe, mientras á mí se me deja á la puerta?

— No veo en ello inconveniente alguno; es la señora Demouzin.



— Lo sospechaba, — murmuró Dixmer entre dientes. Luego preguntó al ujier:

— ¿Cree usted que hay aún para rato?

— Lo ignoro.

— Pero sabrá usted si viene aquí con frecuencia.

— Lo he olvidado por completo.

— Eso, señor Cipriano, es una respuesta ridícula. La señora Demouzin es persona conocidísima, y su salón muy frecuentado por cuantos ambicionan ser algo ó conseguir alguna cosa del gobierno. Nada pues tiene de particular que venga á ver con frecuencia al señor procurador, y no sé, la verdad, porqué me lo ha de ocultar usted.

— Dicen que puede mucho; — observó el ujier escapándose por la tangente.

— ¡Y tanto! Ella es la que hace dos años hizo oficial de la Legión de Honor al señor Dax, jefe de seguridad, y eso que el procurador, que no lo puede ver ni pintado, se opuso á la concesión con toda su influencia. Y vea usted lo que son las cosas; precisamente desde entonces data la amistad que une al señor Sinnamari y á la señora Demouzin. Usted lo sabe tan bien como yo.

— Trabajo tendría para contestarle; — replicó el ujier, cada vez más prudente. — Nosotros estamos aquí para abrir las puertas y cerrarlas; pero no nos ocupamos de lo que pasa detrás de ellas. Eso no es de nuestro oficio, sino del de usted, señor Dixmer.

— ¿Conque, el oficio de usted es el de abrir puertas? — preguntó, con sorna, el polizonte. — Bueno, pues ábrame usted la del señor procurador.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

— Imposible; no olvide usted que también tengo misión de cerrarlas, como lo están ahora.

Dixmer, contrariado, dirigióse hacia las ventanas recayentes al boulevard del Palacio.

— ¡Hombre! El coche del prefecto de Policía que entra en el patio de la prefectura; — dijo mirando su reloj con impaciencia. Luego murmuró en voz baja:

— Como si lo viera, antes de media hora está aquí el prefecto. Floja va á ser la escandalera.

En aquel momento, y tomada sin duda una resolución heroica, dirigióse de nuevo á Cipriano.

— Quedamos en que no quiere usted advertir al procurador de mi presencia, ni decirle que tengo que comunicarle algo de la mayor importancia, ¿verdad?

— No sabe usted lo que siento no poder complacerle en cosa tan nimia, señor Dixmer, pero la consigna es la consigna.

— Está bien; me presentaré yo solo.

— Como no pase usted por encima de mí...

— ¡Qué disparate!

— Pues no veo otro medio.

— Y sin embargo lo hay. Yo voy á entrar en el despacho del procurador, y usted, señor Cipriano, se quedará aquí tan tranquilo, porque...

— ¿Por qué?

— ¡Porque así me place! — dijo Dixmer. Y acercando su cara á la del ujier, añadió:

— Creo que hoy el santo y seña es *Panteón*; ¿no es eso, querido Martinet?

El señor Cipriano recibió el santo y seña con admirable sangre fría, y abriendo paso, tendió la mano al polizonte.



— *Como si nada hubiera pasado, señor Dixmer.*

Tomó el alto funcionario de la policía la mano que se le alargaba, sin extrañarse de ello, y la guardó en la suya durante un momento. Y es muy probable que su mano contestara satisfactoriamente á alguna pregunta hecha por la de Cipriano, porque éste dijo enseguida:

— Pase usted.

Y se inclinó ante Dixmer, con gran reverencia.

El polizonte atravesó la secretaría, llamó á la puerta del despacho del procurador y oyó la voz de Cipriano que le decía:

— ¡Está en el del substituto!

Entonces continuó su camino con la misma tranquilidad que si se encontrase en su propia casa. Llegado ante la puerta del despacho del substituto, detúvose un momento, como si escuchase, y enseguida la abrió deliberadamente, no sin haber dado antes en ella dos ó tres ligeros golpes.

Al entrar en la habitación, Dixmer se encontró frente á frente de Sinnamari, quien de pie entre Regine y la Demouzin, que estaban sentados, parecía hallarse agitadísimo y daba grandes puñetazos en la mesa mientras decía con tono de firme resolución:

— No, de ninguna manera... ¡Qué he de escribir yo semejante carta! Ni aunque me lo pidiera usted de rodillas. Ni esa ni ninguna, señora; estoy decidido á no escribir nunca más...

En esto vió á Dixmer á la puerta del despacho y se detuvo, sorprendido.

— ¿Qué hace usted ahí? — preguntó. — He dado orden de que no pase nadie; pero en fin, ya que ha venido usted, tanto mejor; eso me evitará la moles-

tia de enviarle un recado. ¿Sabe usted si está ya de regreso en su despacho el señor Prefecto de Policía? Necesito verle enseguida; y al jefe de seguridad también, á ese imbécil de Dax, á quien tengo atravesado... ¡Valiente estúpido! Pero yo le aseguro que antes de ocho días se queda sin destino ó pierdo el nombre que tengo.

— ¿Y á quién pondrá usted en su lugar? — preguntó la señora Demouzin.

— ¡Qué sé yo! Á cualquiera; aunque sea al rey de las Catacumbas. Ahora, señora, permítame usted que le suplique que dejemos nuestra conversación para otro rato. Hoy va á ser dia de movimiento aquí, y no tenemos tiempo que perder.

Defiriendo á estas indicaciones iba á levantarse la señora Demouzin, cuando con gran asombro de todos, adelantóse Dixmer suplicándola que continuase sentada.

— ¿Qué significa esto, señor mío? — preguntó Sinnamari próximo á estallar de indignación.

Y Dixmer, muy tranquilo:

— Esto significa, — dijo, — que ahora mismo va usted á escribir la carta que pide la señora...

## XVII

### EN EL QUE DESPUÉS DE HACER EL JUEGO DE TODOS, DIXMER EMPIEZA Á JUGAR POR SU CUENTA

Era la señora Demouzin una ujer de edad ya algo avanzada, pequeñita de cuerpo y arrugada de rostro, con los labios siempre teñidos de vivo carmín, y las cejas ennegrecidas abundantemente con negro de humo. Vestíase con sobriedad no exenta de elegancia, y en el fondo negro de su abrigo de piel, destacaba una larga y maciza cadena de oro.

La fisonomía de la anciana señora, en la que los años y los afeites hicieran profundos estragos, cambiaba de expresión con movilidad extraordinaria: y si á veces aparecía la vieja como una dueña venerable infatuada de sus relaciones con la nobleza, hubiérase podido considerarla en ciertas ocasiones, como una enredadora Celestina.

Como quiera que fuese, la poco agradable dama recibía en sus salones al todo París que brilla y que se mueve, tenía su corte y sus cortesanos y pasaba

por tener más influencia política que un ministro. De ella se decía que gustaba de meterse en los asuntos de todo el mundo, y que precisamente en esta intromisión era preciso buscar el origen de los recursos de que sin duda disponía la vieja, á juzgar por el tren de su casa y por su género de vida, relativamente dispendiosa. Sin embargo, sus amigos, muchos en número, hacíanse lenguas de su generosidad y desinterés, aduciendo, con apariencias de razón, que si la señora Demouzin era recibida con agasajo en casa de las más altas personalidades políticas, que si la honraban con su amistad los Regine, los Eustaquio Grimm, los Filiberto Wat y los Sinnamari, no podía ser por otra cosa sino porque la reputación de dicha señora era inatacable.

Conviene decir, para que las cosas queden en su punto, que si la señora Demouzin gustaba en realidad, según pública voz y fama, de meterse en los negocios de los demás, en cambio no toleraba que nadie metiese las narices en los suyos. De aquí que acogiese con ademanes de reina ofendida en su dignidad la inexplicable y audaz intervención de Dixmer, á quien observaba en silencio, aunque esperando de él, con visible impaciencia, la explicación de su conducta.

Otro personaje esperaba también á que Dixmer hablase, aunque no con ansiedad, antes al contrario, con temor innegable. Este personaje era Regine, acerca del cual conviene que digamos aún algunas palabras.

Era, como sabe ya el lector, un antiguo militar, un bravo, cuyo valor no era supuesto, sino probado en varias ocasiones durante la guerra de Italia. ¿Cómo,



con tales antecedentes, comprender que se mostrase tan tímido en presencia de Sinnamari? Sencillamente, porque el hombre heroico en los campos de batalla se acobardaba cuando para vivir ó hacer vivir á los suyos se encontraba en presencia de la necesidad de cometer algún acto deshonroso.

Dicha necesidad explicábase por la pasión de Regine por el juego, del que era una víctima infortunada y lamentable. Después de arruinarse en el tapete verde, diose á ejercer de jugador profesional. El desastre financiero de Regine se inició al producirse el de la *Caja general de Caminos de hierro*, que devoró tantas fortunas. Entonces vióse obligado á firmar un considerable número de pagarés que á su vencimiento quedaron impagados; y más tarde, no obstante su elevada situación política, que debía por entero á Sinnamari, hubo de caer en manos de usureros, y de apelar á todo género de recursos para procurarse las sumas que le eran indispensables, convirtiéndose de este modo é insensiblemente en juguete de intermediarios felones. Y así fué cómo un día, por intervención del procurador imperial, que tenía interés en hacérselo suyo, fué á llevar uno de los papeles que le estorbaban á uno de los instrumentos ciegos de Sinnamari, á la señora Demouzin, quien se encargó del mismo, consiguiendo negociarlo. Á partir de aquel momento Regine formó parte, moralmente, de la agencia Demouzin, y poco á poco fué subiendo á pesar suyo, hasta colocarse en primer término en aquella poderosa organización imaginada por el procurador imperial, los resortes visibles de la cual se hallaban entre las manos de Filiberto Wat, yerno del

presidente del consejo. Dicha banda habíase propuesto, como objetivo, el de vender, en provecho propio, los cargos públicos, empleos, títulos, honores y demás que un gobierno debe conceder gratuitamente.

Volvamos al asunto. Aquella mañana la señora Demouzin tenía que comunicar á su querido Procurador algunas graves cosas. Tratábase de tres negocios que Sinnamari creía ultimados y que, sin que nadie pudiese saber porqué, fracasaban por completo. Hacía algún tiempo en efecto, que la desgracia pesaba sobre la asociación; hubiérase dicho que una mano invisible se divertía en la sombra deshaciendo todo lo penosamente hecho por los poderosos señores.

Poco acostumbrado á encontrar obstáculos en su camino, Sinnamari estaba furioso del fracaso que le anunciaba la señora Demouzin, aun cuando no se atrevía á dar rienda suelta á su cólera en presencia de la dama y de Regine.

— ¿Y qué hay del asunto Merlin, vamos á ver? — preguntó crispando los puños robustos. — ¿Hemos de despedirnos también de ese?

— No, — dijo la Demouzin; — ese va bien, por el contrario; pero se necesita una carta de usted...

Entonces fué cuando Sinnamari declaró que no escribiría, y cuando Dixmer, con asombro de todos, hubo de aparecer suplicándole que escribiese.

Ya hemos dicho el efecto que produjo la inesperada presencia del polizonte, cuyas explicaciones esperaban todos en silencio.

— Si usted me lo permite, señor procurador, — dijo Dixmer, — dejaré abiertas de par en par las puertas



que conducen á este despacho; cuando hay que hablar en secreto, es preferible abrir las puertas que cerrarlas, para estar seguro de que nadie escucha detrás de ellas.

— Habla usted por experiencia, Dixmer.

— No, señor procurador. Por pura casualidad, no porque tal sea mi costumbre, me encontraba detrás de esa puerta en el momento en que hablaba usted del asunto Merlin á la señora Demouzin y hasta mis oídos han llegado, á pesar mío, algunas frases...

— Bueno, pero ¿qué asunto es ese? — preguntó con fingida indiferencia el Procurador. — Entéreme usted ante todo de lo que es el asunto Merlin.

— Pues es un asunto, señor Procurador, en el cual se está procurando hacer perder á la señora Demouzin la influencia de que legítimamente goza, y en el que se trata de comprometer á usted.

— Explíquese usted, Dixmer; — dijo Sinnamari visiblemente nervioso.

Dixmer fué á echar una mirada al vestíbulo, vió que no había nadie, ni aun Cipriano, y dejando abiertas todas las puertas tomó tranquilamente asiento en una silla que nadie le ofreciera.

— El señor Merlin, — dijo, — fué presentado, hace cosa de tres semanas á la señora Demouzin aquí presente. Decíase rico industrial de la provincia del Gard, y no ocultó que deseaba comprar las minas de hulla de Portes y de Senechas, pero que esta operación, que le parecía excelente, veíase retardada por la obstinación del gobierno en exigir del comprador dos millones suplementarios, destinados á la construcción de un ferrocarril para unir dichas minas con

Alais. El señor Merlin estimaba que siendo dicho ferrocarril de interés general, no era un particular, sino el gobierno, quien debía pagarlo, limitándose él por su parte á mostrarse reconocido con los personajes que se decidieran á que triunfase causa tan justa... ¿No es exacto cuanto digo, señora Demouzin?

Miró á su vez la vieja hacia el vestíbulo y contestó lacónica :

— Siga usted ; ya veremos á dónde va á parar.

— Pues voy á parar, -- continuó Dixmer más tranquilo y más seguro de sí mismo á cada momento, — al ofrecimiento que Merlin le hizo á usted, señora, de entregarle á cuenta cincuenta mil francos...

— ¡ Eso es falso ! — gritó la Demouzin.

— Es falso que usted los haya aceptado, — contestó Dixmer, — pero es exacto que el hombre se los ofreció. Rechazó usted la oferta, en primer lugar porque es usted una mujer honrada, y en segundo lugar porque el hombre, que prometía una suma total de trescientos mil francos, le exigió á usted una carta en la que el señor Sinnamari se comprometiese á hablar amistosamente de este asunto al señor Filiberto Wat. La carta debía ser dirigida á usted, señora, y usted debía enviarla al señor Merlin, quien á cambio de ella prometía entregarle enseguida los cincuenta mil francos... Si aún los espera usted, señora, es porque aún espera él la carta de referencia. ¿Es cierto lo que digo?

Dixmer se calló. Y como nadie contestaba, hubo de continuar de este modo.

— El señor Procurador aquí presente, á quien usted, señora, ha comunicado las exigencias incomprensibles del señor Merlin, ha contestado como debía hacerlo ; nada de compromisos, ni de promesas, ni de firmas... El señor Sinnamari es un hombre honrado. Y sin embargo, yo vengo á decirle : Es preciso que escriba usted esa carta ; una carta en la que se transparente la sorpresa, el cansancio, el enojo, una carta que pruebe con claridad meridiana, que si la señora Demouzin, para ayudar á sus amigos menesterosos ha podido autorizarse á veces de sus relaciones con el señor Sinnamari, particular, el Procurador imperial en cambio ha sido siempre ajeno á esta clase de... especulaciones peligrosas. Y eso es lo que tenía que decir á usted, señor Procurador imperial, — concluyó Dixmer con sin igual audacia, pero en actitud humilde y respetuosa, — porque no es cosa de que uno de los primeros magistrados del imperio sea víctima inconsciente de las imprudencias de esta señora.



Mientras hablaba Dixmer, contemplábalo Sinnamari con curiosidad evidente, pero irónica.

— ¿Quién es ese Merlin? — le preguntó cuando hubo concluído. — Es la primera vez que oigo hablar de él.

— Pues ese Merlin, — replicó enseguida Dixmer — ni es de la provincia del Gard, como ha dicho, ni tiene nada de industrial. Es sencillamente un agente que se ha presentado en casa de la señora Demouzin con la sana intención de obtener la prueba de tráficos criminales que no han existido nunca ; estoy seguro de ello.

Oyendo hablar así al polizonte, la señora Demouzin parecía desear que la tierra se la tragase ; Regine

suspiraba, y Sinnamari, cuyas energías duplicaba la evidencia del peligro, mostrábase altivo y sereno como nunca.

— ¿Un agente de quién? — preguntó con imperio.

— ¿De quién ha de ser?... de Dax; — exclamó la señora Demouzin respirando un frasco de sales. — El jefe de Seguridad es capaz de todo.

— Tal vez un agente del Procurador general, — dijo Sinnamari sonriendo y jugando con sus guantes.

— No, señor Procurador imperial, — contestó Dixmer. — Va usted por mal camino. El señor Merlin es sencillamente un agente de R. C., del rey Misterio, del rey de las Catacumbas.

— ¿De veras?

— Como usted lo oye.

— Por lo visto me odia personalmente, — murmuró en voz tan baja que solo Dixmer pudo oirle y comprenderle.

— ¡Sí!... — dijo, mirando con fijeza al Procurador.

Levantándose enseguida, añadió.

— Desearía hablar con usted á solas, señor Procurador imperial.

Tendió Sinnamari la mano á Regine y á la señora Demouzin, y ambos salieron á poco del despacho, procurando calmar la violenta agitación que les dominaba.

Oyóse la voz de Cipriano, que cerraba tras ellos la lejana puerta, y de nuevo se hizo el silencio más absoluto. En concepto de los dos personajes que quedaban en el despacho, era indudable que Cipriano habia ido á sentarse en su sitio de costumbre, detrás



de la mesa mostrador colocada en el pasillo, paralelamente á las ventanas que daban al boulevard del Palacio, mesa que no podía verse desde el despacho en que se hallaban Sinnamari y Dixmer.

El procurador se adelantó hacia el policía.

— ¿Sabe usted, — le dijo, — que su juego es muy aventurado?

— Lo sé: sí, señor; — contestó Dixmer imperturbable.

— Mucho temo.

— ¿Usted tiene miedo? — insistió el policía; — querrá usted decir que teme por alguien...

— Exactamente.

— ¿Por quién?

— Por usted.

— Mal hecho; aquí donde usted me ve soy más fuerte que usted, señor Procurador imperial. Por eso no temo por nadie: ni por usted ni por mí.

Sinnamari contempló atentamente la cara de zorro de su interlocutor, que había debido engañar á mucha gente, ya por interés, ya por el deseo morboso de burlarse del prójimo.

— ¡Usted es un artista, señor Dixmer! Sin embargo, ándese con cuidado. Yo no gusto poco ni mucho de los artistas, que acaban siempre mal... La profesión es peligrosa, créame usted.

— Me juzga usted con excesiva severidad, señor Procurador imperial. ¡Yo artista! No, señor; yo no soy más que un mísero funcionario, devorado por la ambición de ser algo...

— ¿Qué?

— Se lo diré al momento.

Sinnamari señaló á Dixmer una silla colocada frente á él. Sentóse el policía y sin emoción aparente, continuó :

— Antes he de comunicarle algo que usted ya sabe.

— ¿Y es?

— Que Desjardies es inocente.

— Así lo asegura su hija ; — replicó el Procurador reclinándose perezosamente sobre la mesa y descansando la enorme cabeza entre sus manos velludas. Un finò observador habría podido notar que su mirada vacilaba, y que sólo por un prodigio de energía le era posible mirar con aparente serenidad á Dixmer que osaba hablarle en su propio despacho como nadie lo hiciera hasta entonces.

— También yo lo aseguro ; — replicó el agente.

¿Qué era lo que se proponía aquel hombre ? ¿Por qué empleaba lenguaje tan audaz y poco respetuoso? ¿Qué secretos conocía? Todo esto, y aun algo más, preguntábase Sinnamari ; y como no le era posible contestarse satisfactoriamente, la duda comenzaba á atormentarle, no obstante su extraordinaria presencia de espíritu, y aun esa duda le abatió un momento. Pero se rehizo enseguida, y comenzó á interrogar con tono indolente :

— ¿Cree usted posible, querido señor Dixmer, que hayamos cometido un error judicial? No sabe usted cuánto lo sentiría.

— Pues sí, señor, — afirmó Dixmer ; — el error judicial se ha cometido.

— ¡Es posible! Y en concepto de usted, ¿quién es el culpable de tal error, mi querido Dixmer?

— ¡Usted, señor Procurador imperial!

## XVIII

### EN EL QUE DIXMER DESCUBRE SU JUEGO

Conocedor del carácter violento é impulsivo de Sinnamari, el polizonte esperaba que sus palabras provocarian una explosión de còlera, ó de furor formidable en el magistrado, y en evitación de lo que pudiera ocurrir tuvo buen cuidado de retroceder hasta quedar separado de su temible interlocutor por la mesa-ministro, principal ornamento del despacho. Sin embargo, y con no poca sorpresa de su parte, Dixmer hubo de confesarse que nunca había visto más tranquilo al señor Procurador. Este le preguntó con calma inaudita :

— ¿Tiene usted pruebas de lo que asegura?

Dixmer, que se creía capaz de hacerse necesario á Sinnamari *asustándole un poco*, comenzó á percatarse de que el valor le abandonaba. Era un maestro en el arte del disimulo, pero no había tenido nunca ocasión de medir sus fuerzas con un adversario de la talla del que tenía delante, y temblaba ya ante él como tiembla